

## La pandemia por COVID-19 y la controversia por los derechos del animal

.....

Este novedoso coronavirus SARS-CoV-2 lleva ya casi un año azotando la raza humana, pero no somos la única especie que está sufriendo. Los efectos de la COVID-19 en los animales ya están comprobados con, al menos, el testeo positivo en visones, gatos, perros y tigres, por ejemplo. Mientras los científicos del mundo están recién comenzando a comprender cuál es el rol de los animales silvestres y de compañía en la epidemiología de la enfermedad, está claro que por ahora hay más interrogantes que respuestas.

Según algunos expertos, somos mucho más peligrosos para nuestros animales domésticos que lo que son ellos para nosotros. Parece ser que hasta los leones y tigres infectados en el zoológico del Bronx de New York, en abril pasado, hayan contraído el virus de los humanos.

Sabemos que el SARS-CoV-2 se difundió originalmente al hombre a partir de especies animales aún no debidamente identificadas. Y todavía no está definido cuán frecuentemente los perros y gatos, por ejemplo, son contagiados por el virus y cuáles las probabilidades de contagiar otros animales, incluido el hombre. Esto podría sugerir que los animales domésticos son vehículos asintomáticos del virus, tal como lo han expresado varios científicos, pero, tampoco, hay pruebas directas de esta hipótesis.

De hecho, en septiembre pasado murió el primer perro enfermo de COVID-19. Es probable que éste pastor alemán (llamado Buddy) tuviese, asimismo, un linfoma, pero en definitiva, todo esto nos recuerda que los animales domésticos están en riesgo.

Ahora que los casos de COVID-19 están aumentando en diversos países del mundo, afrontando nuevas olas de contagio, y mientras recibimos una catarata de consejos sanitarios de los expertos, asistimos a distintos escenarios de preocupación por el bienestar animal, a saber:

1.-

El temido SARS-CoV-2 puede infectar también otros animales, como tigres, macacos, hámsters y hurones, pero aunque sospechados, no hay casos conocidos hasta ahora de transmisión reversa desde estas especies hacia la población humana.

La irrupción del coronavirus, inicialmente detectado en el mercado de animales salvajes en Wuhan, China, disparó las alarmas de la defensa y protección de estos animales por varios organismos y fundaciones internacionales, y puso el reflector en el tráfico de animales salvajes. Solamente en Wuhan, era comercializado todo un fabuloso Arca de Noé con especies tan disímiles como koalas, camellos, murciélagos, aves de todo tipo, cigarras, ratas, escorpiones, zorros, civetas, pangolines, puercoespines, salamandras, tortugas y cocodrilos, y todos sacrificados con métodos muy discutibles desde el punto de vista humanitario.

Este estallido del SARS-CoV-2 generó una pandemia humana que ofrece a los científicos una oportunidad única de analizar cómo el virus salta entre diferentes especies y grandes poblaciones.

Luego del repentino brote, el 24 de febrero pasado China impuso una prohibición sólo "temporaria" del comercio de animales salvajes buscados en general para alimentación, u obtención de pieles y medicinas tradicionales. El tráfico de animales salvajes está

declarado ilegal en la gran mayoría de los países del mundo con el objeto de preservar las especies y desalentar el mal hábito de su peligroso consumo.

Es sabido que de las 32.000 especies de vertebrados terrestres, alrededor del 20% de ellas (entre mamíferos, aves, reptiles y anfibios) se trafican globalmente, dentro o fuera de la ley. Y todo esto representa la friolera de al menos 30.000 millones de dólares anuales, ocupando un lujoso cuarto puesto detrás del comercio de drogas, la trata de personas y la falsificación de dinero, en el ranking de las calamidades top ten de este mundo. Esta tendencia está extendida a todo el planeta.

La COVID-19 empujó a China a un histórico debate, ni más ni menos que en el seno del propio Congreso Nacional del Pueblo, para revisar su legislación sobre prevención epidémica y mejoramiento de la sanidad animal en todo su territorio. Estos mercados abundan en todo China, y también en India, Vietnam o Corea del Sur, por dar sólo algunos ejemplos de la región, que mantienen vivo el tráfico. O sea, el tráfico no ha desaparecido, se ha desplazado o hipertrofiado temporariamente en otros países. Los grupos ambientalistas, verdes o ecologistas persisten fanáticamente, del otro lado de la cuestión, para obligar a estos países a un cierre permanente de las actividades crueles e ilegales, que han llevado irresponsablemente a varias especies al borde de la extinción.

Después de todo, no se necesita ser un conservacionista para entender que los esfuerzos por la preservación de estas especies en riesgo, también son esenciales para que funcionen los ecosistemas.

2.-

El gobierno de Holanda decidió el cierre inmediato de una veintena de criaderos de visones desde abril pasado, a raíz de la infección por SARS-CoV-2 de 2 operarios, temiendo que estos establecimientos se transformen en reservorios virales de infección hacia la población humana. A cambio, el gobierno holandés ha decidido compensar a los productores.

En medio de esta cruzada, no es que los visones se la lleven clínicamente de arriba: estos animales al igual que los humanos infectados, pueden ser asintomáticos pero, en su mayoría, manifiestan rinitis y dificultades respiratorias por severas neumonías.

Mientras las pruebas genéticas y la investigación detectivesca epidemiológica dirimen si los operarios fueron infectados por los visones o viceversa, miles de visones son gaseados por asfixia con monóxido de carbono, contraviniendo las recomendaciones de los protocolos internacionales de eutanasia para estos pilíferos por las comisiones europeas y americanas de expertos.

Es sabido que el monóxido de carbono puede matar rápidamente sólo cuando se usa al 100% de su concentración, lo cuál es muy poco probable en la práctica de los criaderos, en donde, en cambio, sí es muy común la observación de frenéticas agonías de animales desesperados por mantener el nivel de sus cabezas por encima de aquél de los gases. Además, el monóxido no debe usarse en animales de inmersión, como lo son los visones o los lobitos de río, precisamente por su capacidad fisiológica para retener la respiración.

He trabajado 40 años con estos nobles animales, que ofrendan sus onerosas pieles a la multimillonaria industria peletera, además de ser perseguidos en su estado salvaje hasta el borde de su extinción en muchas regiones del globo.

La eutanasia es un eslabón ineludible de los derechos del animal, pero hoy la urgencia mundial es prevenir infecciones humanas a cualquier precio, aunque haya que postergar o soslayar el tan mentado "bienestar animal".

3.-

Las organizaciones privadas, refugios, fundaciones, ONGs, etc., de afuera y de nuestro país, encargadas comúnmente del rescate, recuperación, preservación y adopción de animales, han crecido exponencialmente en número y actividades en todo el mundo y en nuestro país. Hoy, se enfrentan, a serias vicisitudes específicas de sus comunidades debido a la escasez de personal, recursos de todo tipo y dificultades logísticas propias de la pandemia humana. Debemos tener presente que los animales nos regalan un consuelo y una compañía únicas, máxime en tiempos de crisis. Y la manera más compasiva de agradecerles es adoptando o acogiendo temporalmente a un animal rescatado de la calle.

El desplazamiento del personal involucrado está seriamente comprometido en varios países, debido a las prohibiciones de la circulación vehicular, rutas cortadas y áreas sin acceso. Debido a la COVID-19, muchos restaurantes, bares, supermercados y confiterías han cerrado y esto ha provocado una escasez de sobras de alimento en los residuos urbanos para los animales deambulatorios, que usualmente se mantenían a base de estos hábitos alimenticios.

Además de registrarse un incremento en la cifra de propietarios que renuncian a sus mascotas, otras desgracias como las climáticas, por ejemplo: incendios, huracanes o inundaciones, no sólo no han cesado durante la pandemia, sino que han conflictuado aún más el salvataje de animales domésticos, salvajes y de producción por todos lados. Imágenes de animales salvajes o de zoológico deambulando plácidamente por grandes ciudades (como los leones marinos por las calles vacías de Mar del Plata, coyotes en San Francisco o ciervos en pleno París) son muy comunes en las redes sociales.

Está claro que cualquier escenario de desastre y emergencia dispara el riesgo de que propietarios de mascotas no puedan dispensar el cuidado suficiente que requieren sus animales, de manera que muchos refugios y organizaciones protectoras están lidiando con el aumento del abandono de animales en estos meses. Lógicamente, también los índices de adopción de animales desamparados, han bajado notoriamente. Enfrentar esta situación de rescate, transporte y reubicación de animales vulnerables en áreas devastadas es un desafío colosal en términos de recursos humanos y financieros por ambas partes.

4.-

A medida que continúa la crisis de la COVID-19, las condiciones de los animales de producción se deterioran, según reportes de todos lados. Esta pandemia pone en evidencia, como nunca antes, las debilidades y fallas de nuestros sistemas agrícola-ganaderos industriales.

En Estados Unidos y Canadá, por ejemplo, surgen cuestionamientos éticos e interrogantes sobre quién los controla y cómo. Los brotes denunciados entre los

empleados de frigoríficos e inspectores han resultado en el cierre de muchas plantas con las consecuencias esperables: colapso de millones de cerdos, vacas y pollos con destino de matadero debido a la imposibilidad de los productores para afrontar el traslado de grandes números de animales. Así se suceden desplazamientos de animales en los campos mismos y sacrificios irregulares en masa.

El tiempo apremia y las presiones comerciales para no detener el sistema industrial son muy conflictivos. Las plantas frigoríficas están en dificultades para aplicar los protocolos de seguridad y hay disminución del personal e inspectores (entre infectados y muertos). Se denuncian, por ejemplo, violaciones de leyes federales y, particularmente, el uso de métodos inhumanos como sofocación en masa por asfixia y escaldamiento en cerdos no suficientemente insensibilizados o inmersión en agua jabonosa en pollos. Hay que decir que muchas de estas prácticas están lamentablemente arraigadas en muchos países todavía, y desde mucho antes de la pandemia. El 1º de septiembre pasado se cerró una gigantesca planta de faena de cerdos en Iowa, Estados Unidos, por poner sólo un ejemplo de animales escaldados vivos.

Ni hablar del aumento de la velocidad de faena en los establecimientos de bovinos (como la formidable cadena Tyson Foods, la mayor de Estados Unidos), con un ritmo brutal debido a la alta demanda operativa actual, donde en muchas ocasiones los animales no están muertos al momento de la faena sino conscientes. Todo esto provoca peligros adicionales, además, para operarios (expuestos a lesiones) y la seguridad del consumidor. Y, por supuesto, conlleva a la muerte de los animales luego de agonizantes minutos, y sufriendo inimaginables dolores y terror. Basta pensar en ello e imaginárselo.

Por estos días, es urgente el llamado de muchos organismos oficiales y privados para disminuir la velocidad de faena y retomar los puntos críticos que garantizan la preservación vital de millones de animales expuestos a estas prácticas abusivas e inhumanas.

Finalmente, y hablando de una "Sola Salud", estamos viviendo una crisis muy cambiante y sin antecedentes que podría tener serias implicancias para el futuro de la salud pública y animal. Si bien debe recordarse, también, que los humanos siempre han contraído enfermedades de los animales, el control de la naturaleza por éste ha sido un hecho biológico inevitable. La actividad humana ha debilitado los hábitats y cambiado el clima del planeta, ya antes de la pandemia.

Para responder a esta eventualidad, es imperioso que defendamos enérgicamente, como veterinarios y profesionales afines, la integridad de los derechos que reclama la vida animal y la biodiversidad. Quizás estemos frente a una oportunidad preventiva de la crueldad hacia los animales, ciertamente plausible.

O, al menos, no la echemos a perder del todo por negligentes, o por ignorantes.

---